



OPINIÓN

* Por Manuel Rojas

La perpetua autocrítica

Durante varios años trabajé, sin darme cuenta, en *Hijo de ladrón*. Hice tres o cinco copias a mano y a máquina, rehice e hice, amé y dejé atrás. Fui en mi casa, en la de Pablo Neruda y en la de Alfonso Leng -en Isla Negra-, en donde pude. Entretanto me casé con Valeria López Edwards y la vida se me hizo más tranquila y más agradable, aunque era tan pobre como antes, aunque, por suerte, igualmente trabajador. Los capítulos se fueron uniendo a los capítulos y cuando menos pensé vi que tenía una novela de más de trescientas carillas. Nunca había escrito tanto. Y aquí debo confesar que el resultado no fue, exactamente, lo que yo quería, no en el sentido de la historia, que era lo me había traido, más o menos, desde el principio, sino en la expresión. Quise hacer algo más denso, había querido hacerlo, escribir de modo más apretado, quizá si más cuidadoso. El primer capítulo y dos o tres de los que hay en el libro son lo que quise. Pero, no sé por qué, me abrió, lo que fue tal vez un error, aunque no me abrió para hacer concesiones sino más bien porque no fue capaz de seguir el tren o porque no poseía los recursos necesarios para presentar variaciones en la expresión. Me paré, por otro lado, que no había más recursos y la verdad es que no los he visto en otros escritores (después, por supuesto). ¿Debi profundizar más los estudios de caracteres, utilizar en más profundidad los recursos? Es posible, pero no lo hice, tal vez porque temí caer en algo confuso, confuso para mí mismo, o monótono. El monólogo interior, el regreso en el tiempo, la digresión, la corriente de la conciencia, los pasos entre un hecho y otro, y de la primera a la tercera persona y viceversa, son, sin duda alguna, preciosos recursos, pero no creo que se pueda hacer un libro únicamente para demostrar que se los domina o que hay muchos; es necesario también cuidar del asunto. Creo que el equilibrio entre el tratamiento de un asunto y el asunto mismo es lo que el escritor, el novelista sobre todo, debe buscar. Cualquier preferencia o unilateralidad le puede ser funesta y eso es más fácil que ocurre en la novela. El paisaje es demasiado amplio, a veces hay que mirar muchas cosas al mismo tiempo y cualquier descuido o prescindencia causa una lectura imparable. De todos modos, varias veces me he preguntado: ¿cómo entusiasmaba una novela escrita en la forma en que esta escrita, en *Hijo de ladrón*, ese capítulo llamado de la herida? Es cuestión de intentar y ver, y no he perdido las esperanzas de hacerlo.

* Extracto de las reflexiones de Manuel Rojas acerca de *Hijo de ladrón* incluidas en su *Antología autobiográfica*. 1962. Libro editado en 1995 por JOM Ediciones.

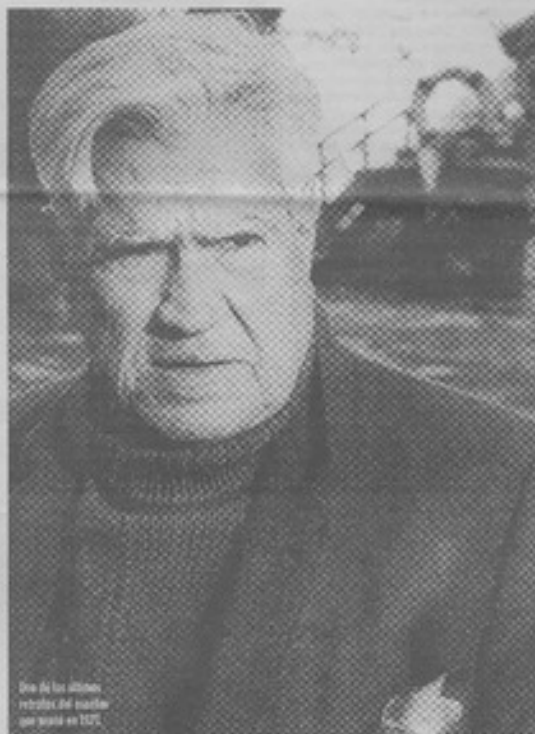
Hijo de ladrón, la obra maestra de Manuel Rojas, cumple medio siglo desde su publicación. El texto se transformó en la puerta de entrada de la literatura nacional a las complejas letras del siglo XX. Escritores y críticos entregan su opinión sobre un texto que lleva a cabo el ideal artístico de su creador: hacer de la vida y la escritura experiencias idénticas.

Por estos días, hace exactamente cincuenta años, un grupo de ocho personas esperaba ansioso que la librería Nascimento abriera sus puertas. Los malucos se ponían a la venta, por primera vez, la novela *Hijo de ladrón*, de Manuel Rojas (1898-1972). Uno de aquellos individuos era el escritor Alfonso Calderón, en aquel tiempo un joven impetuoso que, en su calidad de administrador del estado chileno William Paulkner y del francés Jean Paul Sartre, tenía la esperanza de que la obra de Rojas fuera el hito urgente que requería la novela nacional para renacer. Su anhelo no se vio defraudado. *"Hijo de ladrón"* fue un acto revolucionario en la literatura chilena tanto como la edición chilentina de Camilo Gómez, un año antes", sostiene Calderón medio siglo después.

En sus páginas halló todo cuanto esperaba: un relato vívido que aplicaba técnicas modernas a un tema clásico, consiguiendo -de esa forma- un libro universal que a la vez, según el crítico Nairo Nímes, se interna lúcidamente en la clandestinidad. Sin embargo, como suele ocurrir con todos los obras que dejan huella, las opiniones opuestas se superponen sin analizarse mutuamente. Así, el cronista Luis Sánchez Latorre afirma: "*Hijo de ladrón* le devolvió a la literatura latinoamericana la comprensión personal, el sentimiento humano, que se había perdido con la supremacía de la técnica impuesta por el convencimiento de autores de otras lenguas. Uno los años una se aburre con las novelas de laboratorios, se aburre de leer a Joyce, a Roberto Mundt, todos muy interesantes sin duda, y valora más la autenticidad, la fuerza, la vida simplemente".

Este libro parece tener existencia propia. Al conmemorarse el cincuentenario de su publicación, su creador es, a juicio de colegas y lectores -como alguna vez dijo el autor de *Gloj*, Carlos Dongetti-, "el más grande novelista chileno del siglo XX, aunque él opine otra cosa".

Rojas fue un hombre de carácter reservado que no hacía alarde de sus triunfos. "Siempre estaba a la defensiva -recuerda Luis Sánchez Latorre-, como diciendo que él ya venía de vuelta, y por eso no se entienda en ser atento con los demás. Y era verdad. Su jenetud fue muy dura, un día creía, otro no. En suma, era desconfiado". A esa descripción, en cualquier caso, habría que añadirle las palabras de la dictadora Paz Rojas, su hija: "Nunca hablaba demasiado de sus libros, pero sobre las personas que conocía, sí. Demostraba su riqueza interior con una mirada profundamente sobre la gente, de hecho, podía estar hablando con unos campesinos en la orilla del



Uno de los últimos retratos del escritor que nació en 1898.

Río Maipo o con los pescadores de El Quisco. Escuchaba antes que nada".

Esa cualidad de oyente se refleja, en cierto modo, en su novela cumbre. La aprehensión que hizo para la literatura nacional del mundo interior, la conexión con lo que Nairo Nímes llama "la nomenclatura múltiple de la historia". "Los hechos -explica el crítico- los cuentan varios personajes al mismo tiempo y en ese sentido fue un escritor que logró con el mismo nivel que imponía en

su época". Dicha circunstancia, reconoce Nímes como lector, al principio se le presentó como una dificultad, ya que "en un libro bastante reflexivo y escaso de acción, todo el trabajo consiste en una síntesis del pasado y el futuro en tres días. Sin embargo, en mi segunda lectura me di cuenta que el lector tiene que ser activo, acompañar al protagonista, no como en sus días".

El libro sutilmente se desplaza entre la ficción y la realidad, ilustra sin querer orden cronológico

La epopeya de un desheredado [artículo] Iván Quezada E.

Libros y documentos

AUTORÍA

Quezada, Iván

FECHA DE PUBLICACIÓN

2001

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

La epopeya de un desheredado [artículo] Iván Quezada E. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile